

LA ARQUITECTURA VERNÁCULA CONTEMPORÁNEA COMO EVIDENCIA CULTURAL. REFLEXIONES DESDE LA VIVIENDA AYMARA URBANA EN ARICA, CHILE

CONTEMPORARY VERNACULAR ARCHITECTURE AS CULTURAL EVIDENCE. REFLECTIONS FROM URBAN AYMARA HOUSING IN ARICA, CHILE

Diego Andrés González Carrasco* <https://orcid.org/0000-0001-7405-6005>

Resumen

El siguiente artículo aborda la realidad del habitar aymara urbano en la ciudad de Arica, en el extremo norte de Chile. Se analizan casos de vivienda entregadas por organismos estatales y la ampliación mediante autoconstrucción por familias migrantes de la etnia aymara, en conjuntos construidos desde 1990 hasta 2020, en búsqueda de cambiar la idea de pertinencia cultural en las políticas de vivienda social en Chile. A través de estos casos particulares, se realiza una revisión sobre la relevancia de la autoconstrucción en sectores urbanos y cómo estas acciones terminan por conformar ejemplos contemporáneos de arquitectura vernácula. Estos serán utilizados como detonantes, para pensar el cómo abordar la realidad cultural de los distintos pueblos y etnias que conviven en nuestras ciudades, buscando convocar a una reflexión más amplia sobre conceptos como cultura, hibridación o simbolismo, que surgen desde las viviendas autoconstruidas, entendidas ahora no tan solo como elemento material, sino como evidencia cultural construida.

Palabras claves: Arquitectura vernácula, autoconstrucción, vivienda, cultura, aymara.

Abstract

The following article addresses the reality of urban Aymara living in the city of Arica in the extreme north of Chile. These cases of housing delivered by state agencies and expanded through self-construction by migrant families of the Aymara ethnic group are investigated in complexes built from 1990 to 2020, in search of changing the idea of cultural relevance in social housing policies in Chile. These will be used as triggers to think about how to address the cultural reality of the different peoples and ethnic groups that coexist in our cities, seeking to call for a broader reflection on concepts such as culture, hybridization or symbolism, which arise from self-built homes, now understood not only as a material element but as constructed cultural evidence.

Keywords: Vernacular architecture, self-construction, housing, culture, aymara.

Fecha de recepción: 16-01-2023 Fecha de aceptación: 16-08-2023

Introducción

El texto que se presenta a continuación se enmarca en un proyecto de investigación que busca colaborar con información para las políticas de vivienda dirigidas a familias pertenecientes a alguno de los 10 pueblos originarios reconocidos por el Estado chileno, centrando la mirada en el pueblo aymara, el que actualmente se encuentra mayoritariamente ubicado en los sectores urbanos del extremo norte de Chile. Desde un punto de vista metodológico, la unidad de observación estuvo constituida por viviendas sociales, correspondientes a familias aymara, las que fueron ampliadas mediante autoconstrucción en la ciudad de Arica entre 1990 y 2020. Al mismo tiempo, se tomaron en consideración las políticas públicas en materia de vivienda social y la inclusión formal de la idea de progresividad, a partir de 1990 y sus posteriores perfeccionamientos, los que se manifestaron en

la creación de sucesivos programas como lo son el Fondo Solidario de Vivienda, la Vivienda Social Dinámica sin Deuda, el Fondo Solidario de Elección de Vivienda, entre otros. Se intenta así, poner a prueba las ideas preconcebidas sobre la acción de los organismos estatales en la generación de viviendas sociales con pertinencia cultural, relevando a través de los casos de estudio, la agencia propia de las familias beneficiarias y el rol que estas cumplen en la ampliación de sus viviendas por medio de la autoconstrucción. Se sostiene que es a través de este proceso, que las unidades originales entregadas terminan por vernacularizarse, dotándolas de las características espaciales y simbólicas que terminan por hacerlas pertinentes, convirtiéndolas en evidencia construida de los posibles cambios culturales experimentados por estas familias en el espacio urbano.

* Escuela de Arquitectura, Universidad San Sebastián. Santiago, Chile. Correo Electrónico: diego.gonzalez@uss.cl

Figura 1



Las regiones de Chile y la subdivisión político-administrativa de la región de Arica y Parinacota, con la ubicación de la ciudad de Arica.

El pueblo aymara y la vivienda social

El pueblo aymara chileno, habita tradicionalmente en los espacios geográficos de valles altos y altiplano, en las actuales regiones de Arica y Parinacota y Tarapacá. En términos de su habitar tradicional, podemos observar que la vivienda principal o *uta* se encuentra ubicada en medio del territorio, vinculada directamente con labores de pastoreo o de producción agrícola. Esta, siguiendo una tipología reconocible en toda la zona macro andina se compone de volúmenes aislados de planta rectangular, construidos en adobe sobre una fundación de piedras y con una estructura de techos a dos aguas de madera y paja. Los recintos se disponen alrededor de un espacio exterior doméstico, el que es utilizado también para la realización de labores de producción artesanal, elaboración de algunos alimentos e incluso como espacio de resguardo para ganado, lo anterior, dadas las inclemencias del clima altiplánico. El más importante de estos volúmenes construidos es la cocina, espacio central de la vida en la *uta*; junto a esta se pueden encontrar otros espacios destinados exclusivamente a dormitorios, los que dependiendo del tamaño y situación económica de las familias, pueden ser diferenciados entre adultos y niños. Finalmente, se debe mencionar el espacio dedicado a bodegaje, normalmente parte del conjunto edificado que conforma la *uta* tradicional.

A partir de la acción de los españoles y su intento por concentrar a la población en los denominados "pueblos de indios", una segunda vivienda de uso esporádico se sumó al habitar tradicional aymara, adquiriendo relevancia dentro del espacio simbólico producto del sincretismo religioso. En términos de sus características formales, esta no es muy distinta de la *uta* con volúmenes de adobe organizados alrededor de un espacio exterior doméstico, pero esta vez, con una configuración urbana de fachada continua.

Pese a la forzada localización en los sectores altos de la región, la presencia del pueblo aymara en la ciudad de Arica ha sido constante en el tiempo y, fundamentalmente vinculada al comercio de bienes. Sin embargo, esta se vio incrementada de manera relevante a partir de mediados de la década de 1950, producto de una serie de medidas estatales que permitieron la transformación de Arica en un importante polo comercial e industrial (Galdames y Ruz 2010). El auge económico logrado, generó flujos de población aymara que salió de sus comunidades rurales de origen para instalarse en esta ciudad, proceso migratorio que se ha mantenido intermitente durante las décadas posteriores, llegando a convertirse en la actualidad en un porcentaje relevante de los habitantes de esta ciudad multicultural (González y González 2019).

Según los resultados del último censo de población del año 2017, de los 17.574.003 habitantes totales del país,

2.185.792 declaran pertenecer a uno de los diez pueblos indígenas u originarios reconocidos por el Estado chileno, esto es un 12,8% del total de población. De este total, 156.754 (7,2%) personas pertenecen a la etnia aymara, siendo el segundo grupo más numeroso luego del Mapuche (1.745.147 equivalente al 79,8%). La región con mayor presencia de población que se declara perteneciente a un grupo originario es la de Arica y Parinacota con 36%. De este porcentaje, un 75,3% se reconoce como aymara, llegando a las 59.423 personas. Por su parte, en la comuna de Arica habitan 56.127, transformando a Arica en la ciudad con mayor población indígena de Chile en términos porcentuales y donde vive la mayoría de las personas aymara del país.

Si a lo anterior le agregamos que según datos de la última Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional [CASEN], un 83,8% de los hogares aymaras en Arica presentan hacinamiento y un 83,4% serias deficiencias en los espacios habitables de sus viviendas, la necesidad de generar soluciones habitacionales para este grupo étnico en particular, es una tarea pendiente de ser abordada. La pertinencia cultural como variable en materia de vivienda para familias aymaras, es entonces un tema que debiese ser considerado en el diseño de políticas habitacionales específicas para esta población en la ciudad de Arica, experiencia que sería posible de extrapolar a la realidad de las 1.759.562 personas indígenas que habitan en sectores urbanos a lo largo de todo Chile.

A mediados de 1980 la capacidad del Estado, respecto de la producción de soluciones habitacionales, permitió que el déficit de viviendas se congelara e incluso comenzara a disminuir (Rugiero 1998), lo que se hizo evidente en todo el país surgiendo numerosos conjuntos de viviendas sociales en todas las ciudades. La focalización de estas políticas de vivienda estuvo centrada en los grupos socioeconómicos bajos y ampliándose posteriormente, a sectores medios, pero sin discriminar si estos pertenecían o no a alguna etnia originaria. Frente a esta problemática que dejaba fuera un importante número de chilenos, se estableció la necesidad de adecuar las políticas públicas de vivienda en comunas con alta presencia indígena, considerando lo que se denominó: pertinencia cultural (Ministerio de Vivienda y Urbanismo [MINVU] 2016). Este concepto significa en el caso particular de la provisión de unidades de vivienda, que estas incorporen elementos relacionados con la cultura o cosmovisión tradicionales de los pueblos indígenas originarios de nuestro país, ya sea en su construcción, materialidad o espacialidad. Sumando en sus planteamientos esta problemática, la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato con los Pueblos Indígenas, conformada el año 2001, propone y recomienda en lo referido al tema de vivienda indígena, estimular el rescate y utilización de patrones arquitectónicos y socioculturales indígenas para construir

viviendas pertinentes. Seis años más tarde, en 2007, se firmó un convenio de colaboración entre el Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU) y la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), en el que se establece diseñar un programa de vivienda dirigido específicamente a la población indígena que habita en sectores urbanos, luego de que las propias organizaciones de pueblos originarios se hicieran visible en el debate habitacional. Esto se ha consolidado con la aparición de Comités de Vivienda por parte de comunidades indígenas urbanas, especialmente en el caso del pueblo Mapuche en el Gran Santiago, lo que según algunos investigadores de la temática (Imilan 2017) ha ocasionado incluso un proceso de reetnificación entre los participantes de estas. Así, para el año 2015 y utilizando diversos programas del Ministerio de Vivienda, tales como: Vivienda Social Dinámica Sin Deuda, Subsidio Habitacional Rural, Fondo Solidario de Vivienda o Fondo Solidario de Elección de Vivienda, se construyeron 26 conjuntos de vivienda con pertinencia indígena a lo largo de todo el país (MINVU 2016).

Ahora bien, la idea de la pertinencia cultural en las viviendas indígenas urbanas hasta el momento ha sido considerada en la génesis de los proyectos y exclusivamente, desde el punto de vista de la adaptación de ciertos patrones arquitectónicos y culturales tradicionales en aquellas nuevas viviendas construidas por el Estado. Sin embargo, se ha obviado que la migración indígena a las ciudades es un fenómeno que ha venido sucediendo desde hace décadas (González 2021), y por lo tanto, es factible afirmar que son estas familias las que de manera obligatoria han tenido que adaptar su modo de habitar a esta nueva realidad y han desarrollado modelos de viviendas que responden, gracias a procesos de autoconstrucción, a sus necesidades y cultura. Este proceso de ampliación mediante autoconstrucción que podemos observar en unidades de vivienda social, en la población en general y las familias indígenas en particular, es una situación buscada por las agencias estatales, al haberse establecido el concepto de progresividad en la vivienda y entendido a la autoconstrucción, como una herramienta para la planificación urbana.

En la década de 1990, junto con la recuperación democrática, las políticas sociales en materia de vivienda formalizaron la idea de la progresividad como herramienta para encontrar solución al déficit habitacional que se experimentaba. El Programa de Vivienda Progresiva iniciado en 1990, y sus versiones más avanzadas a través del Fondo Solidario de Vivienda y la Vivienda Social Dinámica sin Deuda, fueron experiencias que han sido estudiadas y evaluadas tempranamente conformándose un discurso formal y teórico de los pros y contras de estas acciones (Greene 2004). Habría que destacar dentro de estos esfuerzos, las prácticas del equipo "Elemental", liderado por Alejandro Aravena, que

ha desarrollado proyectos experimentales de vivienda social progresiva, utilizando la capacidad de autoconstrucción bajo los principios de incrementalidad y concentración prioritaria en las componentes más complejas, como parte de la acción proyectual en comunas como Iquique, Lo Barnechea y Constitución.

Las experiencias en torno a la autoconstrucción en América Latina en general y Chile en particular, tienen su origen a mediados del siglo XX, momento en que Latinoamérica experimenta un fuerte proceso de poblamiento urbano desde sectores rurales. Los estudios sobre este proceso, sus consecuencias y el rol que jugó la autoconstrucción, se podrían datar de manera formal con el trabajo de John Turner en Perú y sus posteriores estudios sobre experiencias similares, debiéndole, en palabras de Adrián Gorelik (2008), la inclusión de la progresividad en distintas políticas de vivienda alrededor del mundo y permitiendo la apertura de un debate que generó diversos trabajos de investigación, entre los que es posible encontrar reflexiones en torno al rol que jugó y juega, la autoconstrucción en el desarrollo urbano de sectores de la población de escasos recursos en toda Latinoamérica y, por cierto, en Chile. Esto, creemos, explica cómo se propició la instalación de la idea de la progresividad asistida, como posibilidad de política de vivienda, que podemos observar a partir de 1990 en Chile y pese a algunas voces disidentes que la criticaban (Ward 1983). De esta manera, se ha producido consenso entre los investigadores en ver a la autoconstrucción como una herramienta relevante y presente en la planificación urbana, que interesa en particular por estar basada en el aprendizaje social (Friedmann 2001) y que puede ser aplicada con fines determinados como en el caso que nos atañe: para la provisión de viviendas sociales a familias indígenas en sectores urbanos.

Las medidas tomadas por el Estado chileno sobre la posibilidad de la progresividad mediante autoconstrucción, asistida y no asistida, ha sido una realidad vivida por la población indígena migrada a espacios urbanos y para el pueblo Aymara en Arica y, por cierto, la forma mayoritaria de acceso a la vivienda definitiva (González 2021). En este último caso, y dadas las condicionantes históricas y culturales en que las familias Aymaras han vivido en el proceso de migración a las urbes costeras de Chile, la vivienda urbana ha terminado constituyéndose en un elemento clave en el proceso de integración a la realidad y sociedad urbana, cargándose de un valor simbólico/cultural relevante y complejizando el estudio del habitar indígena urbano.

Si revisamos como antecedente los estudios que abordan el tema del habitar de la población indígena en sectores urbanos en Chile, sobre los Aymaras encontramos autores que desde las ciencias sociales indagaron sobre las características del proceso migratorio y de adaptación a la

realidad urbana (González 2018). Estos estudios, siguen la línea de los trabajos sobre la problemática de la urbanidad, realizados en poblaciones Mapuche en Santiago a partir de 1990, cuando se evidencia la situación de invisibilidad desarrollada por estos individuos, como estrategia de protección frente a la discriminación y que puede extrapolarse a la experiencia urbana Aymara en Arica, a la que algunos estudios antropológicos denominaron como proceso de “blanqueamiento” (González y Gavilán 1990).

La arquitectura sin arquitectos

La definición “arquitectura sin arquitectos” proviene de una exposición inaugurada en 1964 en el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MOMA), a cargo del entonces curador de esta institución, Bernard Rudofsky. El montaje de esta exhibición consistía en una serie de fotografías donde el autor mostró y relevó aquellas arquitecturas que habían estado invisibilizadas del estudio y enseñanza formal de la disciplina. Quizás la mejor forma de categorizar estas edificaciones expuestas es precisamente el subtítulo del catálogo que acompañó a la muestra: “Una pequeña introducción a la arquitectura sin pedigree”. El éxito de la exposición, que peregrinó por más de 80 locaciones diferentes, por un lapsus de 12 años, y de cuyo catálogo se vendieron 100.000 copias sólo en los Estados Unidos (Bocco 2021), fue quizás el envión necesario para posicionar a la arquitectura vernácula, ahora con un nuevo sobrenombre, dentro del quehacer teórico e historiográfico de la arquitectura.

La profundización en la discusión sobre estas arquitecturas olvidadas continuó a través de diversos trabajos como “*House, form and culture*”, del arquitecto Amos Rapoport en 1969. En ese texto el autor estudia las construcciones tradicionales, buscando corroborar la hipótesis de que son las fuerzas socioculturales, aquellas que predominantemente definen las características de las formas construidas. El mismo año Paul Oliver publicará “*Shelter and society*”, donde busca profundizar en la definición sobre arquitectura vernácula, estableciendo sus características y reflexionando que estas arquitecturas, pese a estar bajo el alero del término vernáculo pudiesen ser categorizadas indistintamente como primitivas, nativas, contemporáneas o marginales (Maldonado 2009).

Así, creemos que es la arquitectura vernácula, aquella corriente teórica que estudia las arquitecturas anónimas realizadas por las mismas comunidades y sin la participación de profesionales formados académicamente, aquella que nos permite dar cuenta de la situación del habitar indígena urbano por cuanto, como hemos dicho, la ampliación por autoconstrucción de las unidades de vivienda progresiva entregada por las agencias estatales podríamos considerarla como un ejemplo actual de arquitectura vernácula, en este caso, en un contexto urbano (Asquith y Vellinga 2007). La

aseveración de que estos ejemplos de viviendas pudiesen ser consideradas como casos de arquitectura vernácula, se basa en la definiciones básicas de que estas arquitecturas son levantadas sin mediar la participación directa de un profesional de la disciplina, son manifestaciones construidas de una realidad cultural específica y son respuesta a requerimientos funcionales, sociales y ambientales. No se debe confundir esta realidad con aquella definida por ICOMOS en su "Carta del patrimonio vernáculo construido" de 1999, la que dejará establecidas 5 características que debe presentar el patrimonio vernáculo construido, es decir, aquellas arquitecturas que son designadas como patrimoniales, siendo relevadas del total de las manifestaciones vernáculas, normalmente conjuntos que se busca preservar en espacios geográficos tradicionales.

En el caso de la vivienda urbana de las familias aymara, creemos entonces es posible de ser considerada como un ejemplo de arquitectura vernácula por cuanto son resultados de un sistema social y cultural complejo que surge de la interrelación del hombre y su entorno, en este caso el urbano, al que se le suman prácticas y espacios migrados desde el habitar tradicional (González y González 2019), reflejándose de forma directa una hibridación en su forma de habitar y de los espacios autoconstruidos, cobrando especial interés en el área de la arquitectura y de la construcción hoy (Tillería 2010). Lo anterior considerando que, en las últimas décadas la teorización sobre el ámbito de la arquitectura vernácula se ha actualizado incluyendo variantes respecto de la definición habitual del término, así como también los esfuerzos por investigar este tipo de arquitectura, en particular, sus características culturales y sociales, en el contexto de comunidades en medio de procesos de globalización y de una posible homogeneización.

En Chile el estudio de la arquitectura vernácula ha comenzado a ser tema de interés de los arquitectos en las últimas décadas, centrándose mayormente en las técnicas constructivas vernáculas y su aplicabilidad actual (Jorquera 2014); así como también se han dado discusiones más generales de este tipo de arquitecturas dentro del panorama país, en un intento por definir los distintos patrimonios vernáculos construidos existentes en Chile. Específicamente en la zona norte, en el altiplano chileno, los trabajos de investigación realizados por arquitectos se han centrado, al igual que en el resto de la zona macro andina, en la conformación urbana de los "pueblos de indios" y en su arquitectura religiosa, siendo iglesias, capillas y templos, la máxima manifestación de lo que algunos historiadores llaman la "arquitectura del nuevo mundo" (Gutiérrez 1993), un proceso de "mestizaje" arquitectónico en el cual el racionalismo propio de la edad moderna que traen consigo los españoles logra extraños puntos de coincidencia con el mundo indígena y su tradición, cosmología y simbología (Gisbert y Mesa 1985).

Sobre la vivienda aymara tradicional, debemos destacar que los escasos estudios que son posibles de encontrar han sido realizados por investigadores provenientes de las ciencias sociales. En estas descripciones se establece la riqueza simbólica detrás de la vivienda tradicional, así como la reconstrucción cosmológica en su proceso constructivo. Las ceremonias que se realizan durante su construcción nos dan luces respecto de aspectos más amplios de la cultura y religión Aymara. La más completa descripción sobre la vivienda aymara en Chile la realiza Vaclav Solc (1975) en el pueblo de Enquelga (altiplano de la actual provincia del Tamarugal). En el caso de la vivienda Aymara urbana en Chile, la situación se repite y podemos encontrar mayoritariamente, trabajos realizados desde la ciencias sociales (Van Kessel 1996); sólo en la última década surgen estudios desde la arquitectura que se hacen cargo de esta problemática y fundamentalmente se establece la necesidad de considerar los aspectos culturales para poder entender los espacios construidos y sus significaciones en el caso de la vivienda aymara urbana y cómo está se instaló formalmente en la ciudad de Arica.

La vivienda vernácula como evidencia cultural

En las ciencias sociales y en especial de la antropología, el estudio del espacio habitado, su construcción y su uso diario como manera de adentrarse en el entendimiento de los conceptos culturales generales, es posible de ser encontrado desde los inicios de la disciplina, aunque de manera intermitente y con diferentes objetivos. A fines del siglo XIX, con Lewis Henry Morgan y su texto "*Houses and House-life of the American Aborigenes*" (1881), podemos considerar que se establece un punto de partida para este tipo de investigaciones y posteriormente, del análisis específico de la organización espacial, temática desarrollada en extenso por otros investigadores como Mary Douglas o Pierre Bourdieu, otorgándole a esta evidencia construida un rol relevante en el entendimiento de las culturas específicamente estudiadas.

Desde un punto de vista teórico, el concepto de cultura ha sido abordado de diversas formas, en una búsqueda por abarcar con él, más allá de la afirmación de que la cultura no es única, sino que casi infinitamente variable. En este sentido, resultaría completamente atendible la metáfora de Geertz (1973) sobre entender la cultura como una telaraña de significados o la idea planteada por Strauss y Quin (2001), en una concepción más cognitivista, que un significado cultural es la interpretación típica, recurrente y compartida ampliamente, de algún tipo de objeto o evento y la que es evocada por un número de personas que han vivido experiencias de vida similares.

Como vimos, si la idea de pertinencia cultural, en el caso de la provisión de vivienda social, se definió como la

incorporación de elementos relacionados con la cultura o cosmovisión tradicionales, la pregunta que cabe hacerse es si es que esa cultura o cosmovisión no se ha visto sujeta a cambios, debido a los procesos migratorios y a la nueva realidad urbana de la inmensa mayoría de la población aymara en Chile y cómo puede la vivienda ampliada mediante autoconstrucción servir como evidencia.

Los procesos de autoconstrucción en el caso de población de indígena reubicada en contextos urbanos como objeto de estudio, no es una oportunidad que pueda asignárseles a la población aymara únicamente. De hecho, en Chile existe trabajo ya realizado sobre la vida urbana de la población mapuche, particularmente en la ciudad de Santiago (Imilan 2017). En el ámbito internacional, se destacan las investigaciones realizadas por Liliana Tamagno y Carolina Maidana, en la ciudad de La Plata en Argentina, con la comunidad Nam Qom. Este grupo indígena se instala en el espacio urbano, constituyendo un barrio organizado y en el que es posible observar como el espacio construido puede condensar y expresar ideas, conocimientos, símbolos y prácticas que permiten leer ese nuevo habitar en la ciudad (Maidana

y Gómez 2020). Este último difiere de la experiencia de las familias aymaras pesquisadas, por cuanto los Nam Qom se organizan y promueven la conformación de un espacio comunitario unitario por medio de la autoconstrucción asistida (Tamagno 2001); mientras, en el caso de las familias aymaras estudiadas, vemos que estas se encuentran repartidas en distintos conjuntos de vivienda social y con unidades ya edificadas, las que sirven de base para los procesos de ampliación por agencia propia que se suceden posteriormente.

En el caso particular de la viviendas urbanas aymaras estudiadas, la totalidad presentaron ampliaciones informales que en promedio representan un aumento de 67% del metraje de la unidad original. Dependiendo de las distintas tipologías de viviendas entregadas por el estado, representativas del incremento en los estándares de calidad, tanto constructiva como espacial experimentada a partir de 1990, el alcance de estas ampliaciones es mayor en aquellas viviendas desarrolladas a partir de los años 2000, cuando observamos un aumento en el tamaño de los lotes de terreno y el abandono del modelo de unidades de fachada continua.

Figura 2

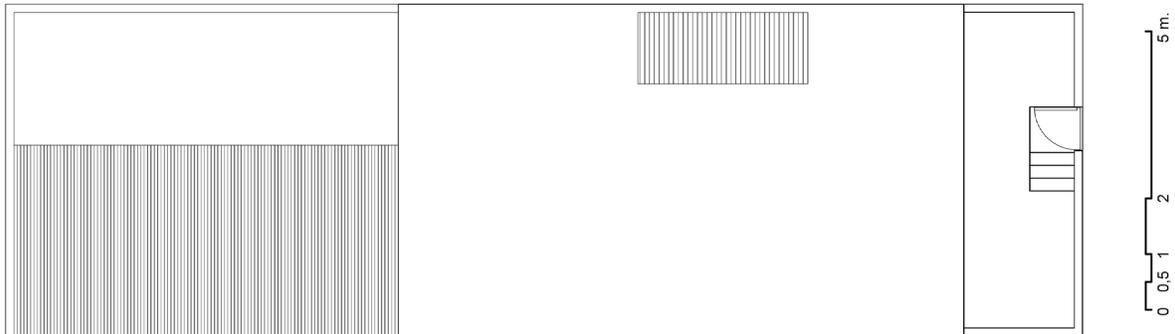


Planta de una vivienda de familia aymara ampliada mediante autoconstrucción entregada en la década de 1990.

Se hace evidente en el caso de las viviendas de beneficiados pertenecientes a la etnia aymara que los esfuerzos de ampliación están concentrados en dos espacios fundamentales de la vivienda: cocina y dormitorios. En el caso de la cocina, se privilegia la construcción de un espacio que la unifica con el comedor, transformándose en el centro de la vida domés-

tica, muy similar a lo que ocurre con el volumen central en la vivienda tradicional. Junto a lo anterior, en las 30 viviendas estudiadas se sumaron habitaciones destinadas a dormitorios privilegiando la autonomía de acceso a estas desde el exterior, replicando la organización de los recintos en la vivienda tradicional alrededor de un espacio externo.

Figura 3



Planta de una vivienda de familia aymara ampliada mediante autoconstrucción entregada en la década de los 2000.

El número de dormitorios autoconstruidos, además de depender de la cantidad de miembros del núcleo familiar base, es también una manifestación construida de las dinámicas del proceso de instalación definitivo en la ciudad, el que normalmente parte como allegados en casas de familiares o amigos que migraron anteriormente, y que concluye con la

obtención de una vivienda propia, normalmente mediante la postulación a algún programa estatal. La idea de una vivienda urbana que considera dormitorios para hijos y familiares es coincidente, además, con la descripción tradicional de la familia aymara del tipo extenso y patrilocal.

Figura 4



Nuevos dormitorios construidos informalmente mediante autoconstrucción en vivienda aymara urbana.

En contraste con aquellas evidencias construidas que son posibles de relacionar con los espacios del habitar tradicional o con prácticas culturales que han logrado subsistir en el ambiente urbano, en 24 de los 30 casos levantados, aparece la sala de estar o living como un espacio importante. Lo anterior se desprende no sólo de la evidencia planimétrica resultante de los levantamientos, sino que también de la categorización espacial realizada por las/os propias/os entrevistadas/os, quienes consideraron este espacio como el lugar más importante de sociabilización con vecinos o personas externas al núcleo familiar. En esto coinciden con los casos de control no aymara pesquisados, con la diferencia de que en estos el espacio definido como living es también el espacio de reunión familiar y no así el espacio de cocina ampliado como en las viviendas aymaras.

Figura 5

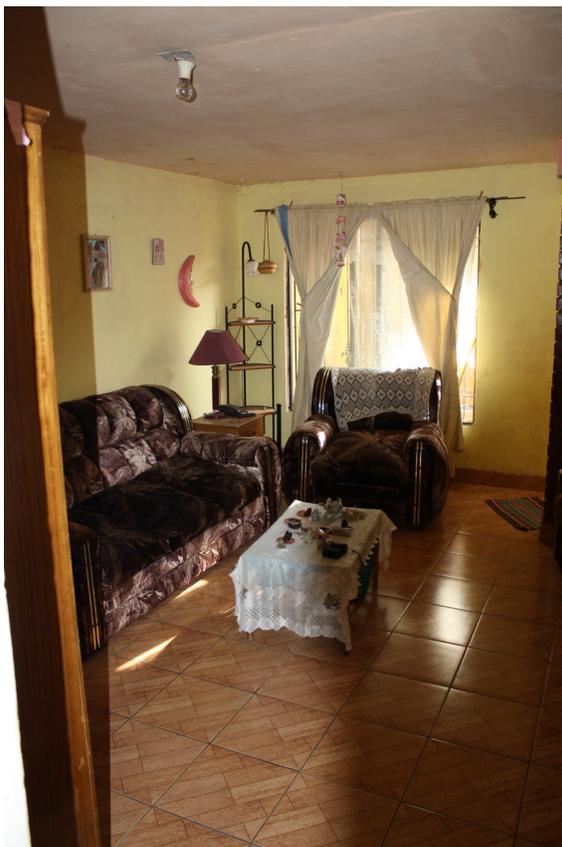


Planta de una vivienda de familia aymara ampliada mediante autoconstrucción entregada en la década de los 2010.

Si bien la cultura ha sido definida por las ciencias sociales como un sistema de símbolos que incluye el lenguaje, la religión, la moral o cualquier otra cosa que podamos considerar como parte de la vida social humana, vemos que esta concepción deja fuera la dimensión material y práctica de la cultura, subvalorando las dimensiones materiales como puede ser la producción de alimentos, las artesanías o la construcción de viviendas. Parece mejor comprender el concepto de cultura como una dimensión que hace eco de la diferencia de haberse desarrollado en un lugar y situación determinados, es decir, más como adjetivo que como

sustantivo (Appadurai 2001). Entendiendo, como hemos planteado anteriormente, que aquello que compone la tradición cultural de los pueblos originarios en general y en este caso particular, la de los aymaras en el norte de Chile, viene significado por los procesos coloniales y neocoloniales regionales, los que se traducen en los estados nación modernos. Podemos suponer entonces que las culturas de los pueblos originarios no son posibles de ser consideradas como culturas puras, sino que "mixtas", es decir, constituidas por continuidades y discontinuidades dentro de un orden temporal más que en uno espacial (Bastide 1977).

Figura 6



Espacio de living o sala de estar formalizado en vivienda aymara urbana.

El concepto de “culturas híbridas” es entonces un término interesante de tener en cuenta, particularmente como lo plantea García Canclini (2001), en referencia a la interacción entre lo tradicional y lo moderno que termina por generar una re simbolización (Sandoval 2003), en este caso en particular de las formas de habitar podemos observar la yuxtaposición entre aquellas prácticas que suceden en los espacios tradicionales y las que se adquieren en el nuevo espacio urbano, así como las que perduran a través de aquel ejercicio de negociación cultural permanente.

Es igualmente importante, establecer el rol de las distintas disciplinas desde las que podemos estudiar el proceso de hibridación del espacio construido habitado. En ese sentido, la separación académica, donde la historia del arte verá lo referente al arte culto, la antropología, lo popular y los estudios de comunicación, lo referente a la producción y acceso masivo de la industria cultural (Szurmuk and McKee 2009); nos parece que desde la arquitectura podemos proponer un análisis más específico del espacio construido y en particular en su estado de hibridación actual. Incluso en un universo tan específico como el de los aymaras en el norte de Chile, podríamos dar luces sobre esta nueva situación de cultura híbrida urbana.

Es posible entonces afirmar que la forma construida que toma la vivienda aymara, ampliada mediante autoconstrucción en la ciudad es híbrida por cuanto desde una base dada por parte del Estado chileno, que propende la homogeneización de la población, luego del proceso de autoconstrucción aparece una identidad propia que conjuga espacialmente aquella forma de habitar institucionalizada como norma y la manera de habitar tradicional, en un proceso de diálogo constante y cuyo resultado podrá ser más o menos cercano a uno de los dos modelos, pero que sin duda no es posible de leer como una solución homogénea (Gonzalez 2021).

Para entender el concepto de identidad, debemos comprender que es inseparable al de cultura debido a que las identidades sólo pueden formarse desde las diferentes culturas o subculturas de las que se pertenece o en las que se participa (Giménez 2004). Siguiendo lo dicho por Frosch (1999), las contradicciones y disposiciones del entorno sociocultural van a ejercer un profundo impacto sobre la creación de la identidad, ya que en su desarrollo las personas tendrán que recurrir necesariamente a los recursos culturales disponibles dentro de sus redes sociales. Sin embargo, en el contexto de la postmodernidad este concepto ha sido revisitado y modificado, perdiendo esa concepción fuerte que la hacía perdurar en el tiempo y, más bien, adquiriendo una capacidad plástica; aún más, si consideramos la idea postmodernista de que la cultura debemos considerarla como fragmentada o híbrida, la concepción de la identidad tendrá que poseer las mismas características.

Si como hemos visto, identidad y cultura son conceptos difícilmente disociables, podemos entender los planteamientos de investigadores como Hall (1996), quien afirma que en los sujetos postmodernos encontramos identidades fragmentadas o como sostiene Bauman (2009) “identidades líquidas”. Lo anterior, debido a causas como por ejemplo el surgimiento de movimientos sociales seguidos de políticas de identidad que podemos observar, en el caso de los aymaras chilenos, relacionados con la puesta en marcha de iniciativas gubernamentales a partir de los años 1990 con la creación de la CONADI, el rol de este organismo en el reposicionamiento de las identidades indígenas y de su posición como articulador de programas de vivienda que buscaban, a través de la pertinencia cultural, generar respuestas desde las agencias estatales al problema de la vivienda indígena urbana. Stuart Hall nos sugiere que el proceso de globalización sería decisivo para entender estas identidades fragmentadas que, en el marco de esta investigación, ayudan a explicar la adaptación de las familias aymaras en la realidad urbana y el proceso de cambio cultural en donde se adoptan ciertos patrones de la sociedad chilena, los que a su vez están sujetos a constante cambio respecto de lo que sucede en el resto del orbe y que terminan afectando al grupo social.

Conclusiones

La realidad de los pueblos originarios y su relación con el estado chileno contemporáneo no es distinta a lo planteado por algunos investigadores, que afirman que en la totalidad de América Latina los determinantes históricos dejaron sociedades cuyas relaciones de dominación están basadas sobre la legitimación de la cultura occidental (Peredo 2004). En nuestro caso de estudio, nos referimos a la sociedad chilena urbana homogénea y homogeneizante, la que a través de mecanismos de administración colonial y su consecuente transmisión de valores y relaciones, terminó articulando un sistema de dominación. Debido a lo anterior, sería posible debatir respecto de aquellas posiciones que rescatan de manera absolutista e idealizadora a las culturas pasadas, pensándolas como una todo armónico e igualitario, por cuanto han estado sometidas a procesos constantes de dominación socioeconómica y de subordinación cultural. En el caso de los aymaras en el norte de Chile, respecto de la Corona española, el Estado peruano y finalmente el Estado chileno.

El concepto de cultura y por ende de identidad, se basan en prácticas de individuos expuestos a cambios. Cuando nos referimos a la cultura aymara o tradiciones culturales no estamos hablando de una sola cosa, sino de la resultante de un proceso de constante de adiciones y modificaciones, que se entienden como las ideas, valores y prácticas que han sido legadas por las generaciones pasadas y que han dado sentido a la vida social, pero que sin embargo, han estado expuestas de manera sostenida a procesos homogeneizantes especialmente con el traslado a las urbes costeras, en donde la tradiciones nacionales impuestas por el

Estado y nación chilena, basadas en valores y significados "occidentales", han afectado a los aymaras, convirtiendo la definición del concepto de cultura aymara en algo más híbrido pero igualmente auténtico.

Queda entonces la necesidad de observar con detención el valor simbólico, inmaterial o cultural que posee la vivienda autoconstruida o ampliada en el caso de migrantes indígenas en Chile. Si bien es cierto que la autoconstrucción es una realidad común en la mayoría de nuestras ciudades, particularmente en los segmentos más precarizados, en el caso de los grupos étnicos migrados a los espacios urbanos, la vivienda se transforma en un elemento de pertenencia tanto a la misma etnia, como en el caso particular del pueblo aymara en la ciudad de Arica, así como también en ejemplo construido de un proceso de adaptación a la comunidad urbana. Como elemento de estudio nos da pistas del proceso variación y complejización de los conceptos de identidad étnica hoy y deja sobre la mesa, la urgencia de lograr la consideración de las variables simbólicas y culturales de la vivienda urbana en el caso de ciudades como Arica, en donde la diversidad cultural que apreciamos en la sociedad que las habita, obliga a pensar las viviendas en dimensiones valóricas, que exceden lo meramente económico o material, sino que se convierten en manifestaciones construidas de particularidades culturales.

Agradecimientos:

Se agradece el financiamiento de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, a través del proyecto Fondecyt N° 11200286.

Referencias Citadas:

- Appadurai, A.
2001. *Globalization*. Duke University Press, Durham.
- Asquith, L. y Vellinga, M.
2007. *Vernacular Architecture in the Twenty-First Century: Theory, Education and Practice*. Taylor & Francis, Londres.
- Bastide, R.
1977. *Antropología aplicada*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Bauman, Z.
2009. *Modernidad líquida*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Bocco, A.
2021. Arquitectura sin Arkitekotos. *Revista Sarañani* 3:8-9.
- Friedmann, J.
2001. *Planificación en el Ámbito Público*. Instituto Nacional de Administración Pública, Madrid.
- Frosch, S.
1999. Identity. En *The new Fontana Dictionary of Modern Thought*, editado por A. Bullock y S. Trombley. Harper, Londres.
- Galdames, L. y R. Ruz.
2010. La Junta de Adelanto de Arica y John V. Murra. Dos lecturas sobre el desarrollo andino en el norte de Chile. *Chungará, Revista de Antropología Chilena* 42:247-270.
- García-Canclini, N.
2001. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*. Paidós. Madrid.

- Geertz, C.
1973. *La Interpretación de las Culturas*. Editorial Gedisa. Barcelona.
- Giménez, G.
2004. Culturas e identidades. *Revista Mexicana de Sociología* 66:77-99.
- Gisbert T. y J. Mesa.
1985. *Arquitectura Andina 1530-1830. Historia y Análisis*. Colección ARSANZ y VELA, La Paz.
- González D. y H. González.
2019. La migración de la vivienda Aymara y el crecimiento de la ciudad de Arica entre 1950 y 1990. *Revista Interciencia* 44:676-680.
- González, D.
2018. Chilenizando el habitar. Cambios e incorporaciones en el habitar doméstico de los Aymaras urbanos en la ciudad de Arica. *Revista Diálogo Andino* 55:121-130.
- González, D.
2021. La autoconstrucción y las viviendas con pertinencia cultural. El caso de los Aymaras en Arica. *Revista AUS* 30:10-17.
- González, H. y V. Gavilán.
1990. Cultura e identidad aymara en el norte de Chile. *Chungará Revista de Antropología Chilena* 24-25:143-158.
- Gorelik, A.
2008. La aldea en la ciudad. Ecos urbanos de un debate antropológico. *Revista Museo de Antropología* 1:73-96.
- Green, M.
2004. *El Programa de Vivienda Progresiva en Chile 1990-2002*. Departamento de Desarrollo Sostenible, Santiago.
- Gutiérrez, R.
1993. *Pueblos de Indios. Otro urbanismo en la región Andina*. Ediciones Abya-Yala, Quito.
- Hall, S.
1996. *Critical Dialogues in Cultural Studies*. Routledge, Londres.
- ICOMOS.
1999. *Carta del Patrimonio Vernáculo Construido*. ICOMOS, México.
- Imilan, W.
2017. Luchas y demandas por la vivienda indígena urbana. Emergencia de conjuntos de vivienda subsidiada para población indígena urbana en Chile. *Revista AUS* 21:61-67.
- Instituto Nacional de Estadística.
2018. *Censo Nacional de Población y Vivienda 2017*. Instituto Nacional de Estadísticas. Santiago.
- Jorquera, N.
2014. Aprendiendo del Patrimonio Vernáculo: tradición e innovación en el uso de la quincha en la Arquitectura Chilena. *Revista de Arquitectura* 28-29:4-11.
- Maldonado, D.
2009. La clasificación: Una herramienta para la inclusión de la vivienda vernácula urbana en el universo arquitectónico. *Revista INVI* 66:115-157.
- Maidana, C. y J. Gómez.
2020. Pueblos indígenas y organización de/en los espacios urbanos: una experiencia de autoconstrucción en la ciudad de La Plata, Argentina. *Cuadernos de Antropología Social* 24:13-26.
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia.
2018. *Síntesis de Resultados Vivienda y Entorno CASEN 2017*. Gobierno de Chile. Santiago.
- MINVU.
2016. *Obras urbanas y habitacionales con pertinencia indígena*. Gobierno de Chile, Santiago.
- Morgan, L. H.
1881. *Houses and House-life of the American Aborigenes*. Government Printing Office, Washington.
- Oliver, P.
1969. *Shelter and society*. Barrie & Rockliff, Londres.
- Peredo, E.
2004. *Una Aproximación a la Problemática de Género y Etnicidad en América Latina*. CEPAL, Santiago.
- Rapoport, A.
1969. *House Form and Culture*. Englewood Cliffs, Prentice-Hall, New Jersey.
- Rudofsky, B.
1964. *Architecture without Architects: a short Introduction to non-pedigreed Architecture*. Academy Editions. London.
- Rugiero, A. M.
1998. Experiencia chilena en vivienda social, 1980-1995. *Boletín del INVI* 35:3-87.
- Sandoval, S.
2003. Hibridación social: un modelo conceptual para el análisis de la región y el territorio. *Revista Región y Sociedad* Vol. XV 28: 47-80.
- Solc, V.
1975. Casa Aymara en Enquelga. *Annals of the Náprstek Museum* 8:111-146.

Strauss, C. y N. Quin.

2001. *A Cognitive Theory of Cultural Meaning*. Cambridge University Press, Cambridge.

Szurmuk, M. y I. Mckee,

2009. *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. Siglo XXI Editores, México.

Tamagno, L.

2001. *Nam qom hueta'a na doqshi lma. Los tobas en la casa del hombre blanco. Identidad, Memoria y Utopía*. Editorial Al Margen, La Plata.

Tillería, J.

2010. La arquitectura sin arquitectos, algunas reflexiones sobre arquitectura vernácula. *Revista AUS* 8:12-15.

Van Kessel J.

1996. Los aymara contemporáneos en Chile. En *Etnografía. Sociedades Indígenas Contemporáneas y su Ideología*, editado por J. Hidalgo et al. Editorial Andrés Bello, Santiago.

Ward, P.

1983. *Self Help housing: a Critique*. Mansell, Londres.